

Al perverso será, que del pecado
Se complace entre el fétido albañal!
Y de dolor intenso traspasado,
El seno maternal será rasgado
Como de un agudísimo puñal."

Y despues de un breve espacio
De silencio entristecido,
A los dos santos esposos
Con grave ademan bendijo:
Y haciéndoles un saludo,
Se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante,
Entió en el sacro recinto
Una profética viuda,
Que en ayunos y cilicios,
En el templo día y noche
Servia al sér infinito.

Y al ver de Miriam en brazos
El sumo recién nacido,
Con llanto de amor gozoso,
Y en apasionados gritos,
Cantó alabanzas y glorias
De Jehová y de su hijo.

Y así por altos fines,
Belen con sus pastores;
De bárbaros confines
Los magos y doctores;
Los jóvenes y ancianos,
Los fieles y paganos,
Cantan con alto júbilo
Las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora
Del despertar del mundo,
Donde el Eterno mora
Oyese un ¡ay! profundo
De sin igual contento,
¡Suavísimo concento
Que entonan los arcángeles
Al hijo Salvador!...

III.

Del patio postrimer, vedado estaba
Traspasar á las hembras los umbrales,
Y triste allí, por tanto se detuvo
Del gran rescatador la tierna madre.
El patriarca, de gozo estremecido,
En sus brazos tomando al rubio infante,
A la sala se entró donde ofrecían
El nacido primero á Dios los padres.
Mas dentro del santuario preferido
Faltaron profecías y señales,
Y ojos ningunos vieron el aurora
De aquel sol de justicia fecundante;
Que sumidos del vicio en la ceguera
Los ministros del templo principales,

Dejaban privaciones y virtudes
A los simples levitas; y arrogantes,
De las humanas y divinas leyes
Reían, y en feroz libertinage,
No como sacerdotes del Eterno
Vivían, mas cual pérfidos magnates,
Príncipes opresores de los pueblos,
Pontífices del oro y las maldades.
Un sacrificador desconocido
Recibió de las manos paternales
De José, lo prescrito por las leyes,
Los argentados siclos y las aves,
Sin dirigir ni una mirada sola
Al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas,
Pasó ignorado el vencedor instante
En que un mas digno y generoso culto
Venía á reemplazar de las edades
Anteriores del mundo, las creencias,
Con doctrinas mas puras y durables:
Instante en que al antiguo testamento
Que en la cumbre del Sinai á la errante
Multitud de Israel dió el infinito,
Sucedia una ley mas saludable;
La buena nueva al mundo, el Evangelio,
Que el mismo Dios traía á los mortales:
Divina ley, como su autor perfecta,
Pura como él, eterna é inmutable!

Y ni en los de Sion espesos muros,
Ni en sus soberbias, populosas calles,
Ni en las altivas torres de su templo,
Adornadas de almenas y baluartes;
Ninguna voz se alzó, que en son de triunfo,
Ruidosa al niño rey diera homenaje.
Y al través de la ciega muchedumbre,
Muda en su orgullo, en su ignorancia grave,
¡Ennumeraba ya el divino Cristo
Aquellos furibundos criminales
Que iban en breve, en gritos sediciosos,
A clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido
De la ley el precepto inevitable,
A Nazaret sus pasos dirigieron,
Volver á ver ansiando sus hogares.

LIBRO NOVENO.

LA HUIDA A EGIPTO.

I.

Feliz el hombre cuya vida pasa
Dulce y serena en el solar nativo;
Feliz aquel mortal que no traspassa
El límite extranjero siempre esquivo;
¡Feliz aquel que en la paterna casa,

Al frio invierno y al calor estivo,
Respira el aura que meció su cuna,
Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
Los fieros y rudísimos rigores,
Cuando á su embate opone una alma fuerte
Que defienden los célicos amores
De patria y de familia ¡y ni la muerte
Con su tren de fatídicos terrores,
El corazón espanta enflaquecido
Del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la orfandad, ¡con qué ternura
Le socorren sus deudos y allegados!
Si del dolor lo cerca la amargura,
¡Cuán tiernos y solícitos cuidados!
Y en la mayor miseria y desventura,
¡Qué dolores no fueran consolados
En pecho de hombre, ó corazón de niño,
Con el consejo sábio y el cariño?

Y si llega, por fin, incesorable,
El hora de morir, ¡con qué consuelo,
Al espirar el plazo inevitable,
Se despide el mortal del patrio suelo!
Deja la humana vida deleznable
Por la vida inmortal, hija del cielo,
Y llanto amigo de dolor retumba
En los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego
Le alcanzará el perdón de sus errores;
Y allí, á despecho del solsticio fuego,
Y del torvo aquilon, devastadores
Del monte y la llanura, al dulce riego
Del llanto del amor, candidas flores
Brotarán, y aromosas yerbecillas,
Dó á posarse vendrán las avecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
Es el duro tristísimo destino!
De su dolor tan solo acompañado,
Por el ignoto y áspero camino,
En el felice tiempo ya pasado,
Irás pensando el pobre peregrino,
¡Sin mirar ni en remota lontananza
El astro animador de la esperanza!

¡Qué importa que en el monte y la llanura
Brille del padre sol el puro rayo,
Ni que del prado ameno la verdura
La gala ostente del florido Mayo?
Y el murmurar del agua en la espesura,
Y de las aves el concierto gayo,
Y el rugir de la mar embravecida,
¡Qué son al infeliz que va sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada
Al dulce clima que nacer la viera,
Es á remota orilla trasportada
Por la mano del hombre dura y fiera,
Y allí, lánguida, triste y deshojada,

Apenas sombra de lo que antes era,
Hacia aquel suelo extraño, la mezquina,
La mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,
Lejos de todo lo que el alma adora,
Del destino crüel algun consuelo
A su agudo pesar en vano implora;
Muéstrase sordo á su plegaria el cielo,
En vano el triste entre suspiros llora,
Y á soledad eterna condenado,
Llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor á los gemidos,
Acude tarde á terminar los males
En que pasan la vida sumergidos
El número mayor de los mortales:
A los que de ella están desprevénidos,
De enmedio á los placeres terrenales
Impía los arranca, y desatiende
Al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida,
Y al llanto vive eterno aquí en el suelo,
Que de sus negros días la medida
Prolonga sin cesar airado el cielo:
Llama, y vuelve á llamar la apetecida
Muerte, ya solo blanco de su anhelo;
Mas ella encarnizada no le escucha,
Y le abandona á su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserabile
La esposa y el esposo condenados,
Una vida de angustia inesplicable,
En países remotos é ignorados,
De Dios por el querer inescrutabile,
Arrastrarán los santos desterrados,
Hasta cumplirse los fijados días
Del temporal destierro del Mesías.

Vueltos José y Miriam del largo viaje
Apenas, á la baja Galilea,
Cuando aun las sandalias, del camino
Conservaban acaso las arenas,
Y sus sensibles pechos, no saciados
De mirarse de nuevo en la paterna
Ciudad, apenas crédito á los ojos
Se atrevían á dar; por la suprema
Voluntad del que rige de los hombres
Las fortunas, ya prósperas, ya adversas,
A ruta mas penosa y dilatada
Hubieron de aprestar la planta incierta.

José, en los brazos del callado sueño,
Reparador de sus caídas fuerzas,
Descansaba en el pobre lecho, humilde,
Una noche pacífica y serena;
Cuando súbito un alto parainfo,
Enviado de la suma omnipotencia,
Cabe al lecho de pié, con argentina
Sumisa voz, mas que en el ruego impera:

"Levántate, le dijo; al niño toma,
Y á su madre con él; hácia la tierra
De Egipto, presuroso te encamina,
Y hasta volverme á ver deten la vuelta;
Que el fiero Herodes, del infante en busca
Rugiendo va con intencion siniestra."

De espanto lleno con palabras tales,
El patriarca santísimo despierta,
Y á llamar corre á la infeliz MARIA,
Que del nuevo infortunio el alma ajena,
El sueño de los ángeles tranquilo
Duerme, no lejos de la cuna escelsa
Del niño Dios.—La cariñosa Madre,
Miradas de dolor y angustia llenas
Dirije al hijo caro, y presurosa
Recoge algunas túnicas modestas,
Escasas provisiones y pañales
Del niño, al cual en su regazo estrecha;
Y precedida del amante esposo,
Vertiendo amargas lágrimas, se aleja
De la ciudad natal, adormecida
A la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino
Por la difícil tortuosa senda,
Turba el dudar sus vacilantes pasos,
Hiela el temor la sangre de sus venas.—
¿Cómo escapar de Herodes iracundo
A las inievas tramas encubiertas?
¿Qué valla á detener será bastante
Al príncipe feroz en su carrera?
El, que en las manos con la sangre rojas
De las víctimas mil de su fiereza,
El oro derramando, los furiosos
De sus viles sicarios recompensa,
¿Dónde se detendrá de su venganza
En la crúel, mortífera carrera,
Ora que al par defiende de su vida,
La púrpura real y la diadema,
Cuanto simples sospechas castigando,
A tan graves delitos se despeña?

Aun era la estación de invierno frío,
Y el cierzo que silbaba en las malezas,
Cubria de Miriam el rostro puro
Con dolorosas y moradas vetas;
Mas ella, de sí propia olvidadiza,
Cuidados, atenciones y ternezas,
Cuanto pueden hacer marchando juntos
Del cuerpo y del espíritu las fuerzas,
En torno al hijo de su amor consagra:
El, monarca del cielo y de la tierra,
A cuyo soplo animador, fecundo,
La creación del caos salió entera,
A cuya voluntad cejan los mares,
Y se afirman los polos que sustentan
Los infinitos mundos del espacio
Para siempre jamas; á cuya inmensa,
Divina voz, con dos palabras solas
Brotó la luz en medio á las tinieblas,
Hora á las duras leyes sometido
De la humana, mortal naturaleza,

En el regazo de la tierna madre,
El Cristo salvador de frío tiembla;
Y del susto, y el hambre, y la fatiga,
Con flébiles vagidos se lamenta!—
Y la amorosa madre, silenciosa
Cual los despojos fúnebres que encierra
Un sepulcro, de miedo tiritando,
Mas que de frío, de la angosta senda
Por las sinuosidades solitarias
Sus tímidas miradas encadena;
Y al cimbrarse la caña estremecida
Al aura de la noche, ó de la espesa
Enramada al sonar en blando arrullo
De enamorada tórtola una queja;
O si el rumor se escucha en lo lejano
De las secas varillas que se quiebran
Al impulso del viento quebrantadas,
O al cauteloso paso de las hienas;
Asustada Miriam, á su regazo
Con amoroso espanto al niño estrecha,
Creyendo ver alzarse ante su vista,
Que conturba el temor, la gigantea
Figura de un feroz, crudo asesino,
Blandiendo airado la segur sangrienta.
En tanto que la luna, en curso blando
Sigue, al través de la azulada esfera,
Alumbrando con pura luz, suave,
Los cielos, y los mares, y la tierra.

III.

Así dias tras dias caminando,
Huyendo de las sendas pasageras
Y de los pueblos grandes; por las noches
Refugiándose acaso en las cavernas;
Amatote ya detrás, se dirigian
A los llanos de Siria, por veredas
Estrechadas y escabrosas. Una tarde,
Ya casi oscurecido, de unas peñas
Cubiertas ya por las nocturnas sombras,
Vieron salir en rápida caterva
Numerosos bandidos.—El patriarca,
Que iba delante, atrás á la indefensa
Esposa se volvió, entre cuyos brazos
Dormia el niño Dios.—Miriam, inquieta
Se detuvo tambien; mientras el caudillo
De la salvaje turba, que contempla
El grupo inerme con asombro mudo,
Siente que aun hay piedad en su alma fiera:
Y bajando la punta de su lanza,
Con espresion de cariñosa oferta
Tendió á José la mano, un franco asilo
Ofreciéndole allá en su fortaleza,
Que de una roca en la postrera punta,
Al nido de las águilas semeja.
José y Miriam gozosos, apreciando
Del bandido la rústica franqueza,
Le siguieron, y el techo maldecido,
Fué aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero dia,
A pasar los calores de la siesta,

Y á la vista de Ramla, hicieron alto
En un bosque de nópalos é higueras.
Allí, sobre un florido entapizado
De narcizos, renúnculos y anémonas,
Al de una fuente arrullador murmullo,
Se adormeció el Señor de cielo y tierra.
Y pasado el calor, de nuevo en marcha
Tomaron de Belen la nota senda,
Donde encontrar pensaba el santo esposo
Un camello, en las áridas arenas
Del desierto, animal indispensable.
Miriam y el tierno niño, hasta su vuelta
Le esperaron, ocultos en las sombras
De una vecina y lóbrega caverna.—
Y unidos á mercante caravana,
Dejaron los confines de Judea
Por fin, burlando así del rey impío
La venganza terrífica y sangrienta.

IV.

En tanto, no pudiendo de los magos
Averiguar Herodes el camino,
Con astucias y pérfidos halagos,
Velando de sus iras los amagos,
Va minando el país circunvecino;

Y á todos preguntando cariñoso
Va por el niño rey del trono hebreo,
Que le trae tan inquieto y receloso:
Mas burlado creyéndose, furioso
Ruge cual fiero tigre el idumeo.

Y á los torpes satélites inmundos
Esclavos que le cercan en su trono,
Así ordenó en acentos iracundos:
"Porque ese niño objeto de mi encono,
No escape á mis enojos furibundos,

Volad hácia Belen la maldecida,
Y en ella antes, y luego en cuanto abarca
El estenso confin de su comarca,
¿No escape á vuestra espada enfurecida,
Ni un solo niño hebreo con la vida!"

Y los crudos malvados asesinos,
Del mandato de sangre ejecutores,
En Belen y sus pueblos convecinos,
Como devastadores torbellinos
Fueron llevando el lianto y los horrores.

De dos años abajo, perecieron
Al filo sin piedad de sus puñales,
Los niños todos de Judá.—Y se oyeron
Gritos que el corazón estremecieron,
En pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable,
Lloró Ramá la flor de sus nacidos;
Y al oír los maternos alaridos,
Un ¡ay! de horror, inmenso, inesplicable,
Repitieron los ecos conmovidos;

En tanto que Miriam y el santo esposo
Surcando van el piélago arenoso
Al soplo del *simun* abrasador;
Y ambos, de amor ardiendo generoso,
Desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena
Aquel cielo de fuego, que desploma
Sus mortíferos rayos en la arena,
Y como al sol la cándida azucena,
Se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor, en la frescura
De su regazo oculta cariñosa;
Hasta encontrar en la letal llanura,
Bajo verde enramada deliciosa,
Escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto,
En la agonía del soñar despierto,
Simula el sol con engañoso halago,
A su sed agua, á su cansancio puerto,
Un azulado y trasparente lago.

Y cual la rosa de Saron, levanta
Al frescor de la lluvia apetecido
La frente sobre el tallo enardecido:
Así alegre Miriam, la tarda planta
Del manso bruto aguija enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura,
Sus frentes y sus bocas abrasadas,
Ya tocan del oasis la verdura;
Mas ven solo al llegar, con amargura,
Estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,
Se detiene la rica caravana,
Y en sus tiendas aguarda la mañana;
Mas solo el azulado firmamento
Cobia á la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados
Del diurno sol, al húmedo rocío
Nocturno, sienten doloroso frío:
José y Miriam entonces desvelados,
Defienden á Jesus del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba
Alto clamor de espanto y agonía,
Que el aura de la noche conturbaba.
Era que el feroz árabe atacaba
La tiendas.—Blanca de terror, MARIA,

Del cuerpo virginal, viviente muro
En torno del infante bien amado
Hacia, hasta que el riesgo ya pasado,
El escuadron se pierde allá en lo oscuro,
Y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines
Del país de los sabios Faraones;
Y vieron elevarse entre jardines,
Sus templos de acerados torreones,
Con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides, perdidas
En el campo azulado de los cielos;
Del Nilo las riberas florecidas,
Y sus ondas, de blancos barquichuelos
Y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella region afortunada,
Por su ciencia y valor tan afamada,
De monumentos y tesoros llena;
Es á José y Miriam la tierra ajena,
Y está muy lejos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso
Pasando, á Matarieh se dirigieron;
Y allí, tocado el fin del afanoso
Camino, aun otra vez en el reposo
Y en la paz de los ángeles vivieron.

LIBRO DECIMO.

LA VUELTA A NAZARET.

I.

Hora tras hora pesada,
Dia tras dia afanoso,
Para Miriam y su esposo
El largo espacio corrió
De siete penosos años,
Pasados en la estrechez
De la mas dura pobreza
Que el mundo en su seno vió.

Muy luego fué consumido
De los magos el tesoro,
Aquel puñado de oro
Que dieron al niño Dios:
Y el nieto de régia estirpe,
Convertido en jornalero,
Trabajaba el dia entero
Con incansable teson.

Mas á tan ruda fatiga,
El suelo inhospitalario
Daba tan corto salario,
Que volvió mas de una vez
Al techo do resignada
Miriam, le aguarda serena,
Sin lo bastante á la cena
Parca y frugal de los tres.

Y mas de una triste noche,
Y mas de un aciago dia,
El Dios infante gemia
Por un pedazo de pan.
Y sus lágrimas la madre
Recatando al tierno niño,
Acaso en voz de cariño
Calma su pueril afan.

Mas el venturoso dia
Se acercaba por momentos,
De dar fin á los tormentos
Sufridos con tal valor.
Y una noche, que tranquilo
José, en los brazos del sueño
Dormía, ante sí risueño
Miró al ángel del Señor.

“ Alzate luego, le dijo:
Toma al niño y á su madre,
Y á la patria de tu padre
Marcha con seguro pié:
Que los que al niño buscaban
En su saña maldecida
Para quitarle la vida,
Han muerto ya en Israel.”

Y José, al niño tomando
Y á Miriam, siguió el camino:
Mas á Sion ya vecino,
Los cautos pasos torció.—
Que Arquelao, hijo de Herodes,
Reina tirano en Judea,
Y José, de Galilea
La nota senda tomó.

¡Cuánto el destierro es amargo!
¡Cuán dulce del patrio suelo
Volver á mirar el cielo
Que nos cobijó al nacer!
¡Y respirar, cuánto es dulce
Sus auras embalsamadas,
Y de sus fuentes amadas
Mirar las aguas correr!

¡Y en el sacro hogar paterno,
Recordar de nuestra infancia
La feliz, pura ignorancia,
Que tan fugace pasó!—
¡Y las amantes caricias
Que nos hizo nuestra madre,
Y los consejos que un padre
En su experiencia nos dió!—

Y los amigos primeros
Que en nuestra infancia tuvimos,
¡Y la escuela en que aprendimos
Nuestra primera leccion!
¡Santas, queridas memorias,
Que á pesar de la impía suerte,
Vivas guarda hasta la muerte
El humano corazon!

Despues de tan larga ausencia,
Miriam y el esposo amado,
En su hogar abandonado
Van al fin á descansar;
Mas roto por varias partes
Miran el humilde techo,
Y el pobre muro deshecho,
Deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,
Y morenas parietarias,
En las celdas solitarias
Crecen frondosas al sol:
Y el humilde patiecillo
Cubren zarzas espinosas,
Y en sus paredes ruinosas
Busca asilo el caracol.

Y en la celda abandonada,
Do en Miriam inmaculada
Se encarnó el divino Verbo
Para salud del mortal;
Como del bosque en las lomas,
Se anidan unas palomas,
Dichosas allí al abrigo
De la lluvia equinoccial.

Hechos por fin de la choza
Los reparos mas urgentes,
Volvieron los inocentes
Dias de grato solaz.
Y el ilustre carpintero,
De Jesus mismo ayudado,
De nuevo en su hogar amado
Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
Pasaron lunas sesenta,
Sin separarse un instante,
Ni aun en la visita anual
Que, fieles observadores
De la ley de sus mayores,
A Jerusalem hacian
En la época pascual.

EL NIÑO PERDIDO.

II.

Al aire destrenzada
La blonda cabellera,
La túnica rasgada,
Y en llanto de dolor
Bañado el rostro puro,
Que al sol envidia fuera,
Por tu recinto oscuro
Va una mujer, Sion.

¡Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la cuitada?
¡Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró?
¡Esposa, vése viuda?
¡O es virgen desposada,
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó?

¡O es huérfana que llora
Con ayes de agonía,
La sombra protectora

Del techo paternal;
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guía,
Al soplo tremebundo
Del recio vendabal?

Viuda, al caro esposo,
Lamenta desdichada;
Amante, al cariñoso
Objeto de su amor:
Y en ayes reprimidos,
La madre desolada,
¡Buscando entre gemidos
Va al hijo que perdió!

Miriam, la Virgen pura,
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del mísero mortal:

Llorosa entonces, mustia
El alma entristecida,
En tan terrible angustia
Olvida su virtud....
¡Qué mucho, si se ausenta
El sol que le da vida?
Qué mucho, si lamenta
Perdido á su Jesus?....

Volviendo á su morada
Desde Salen divina,
De gentes circundada
Que van á Nazaret;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina,
Luciendo ya en el cielo,
Cercano á anochecer;

La marcha fatigosa,
En rústica posada
Detuvo cuidadosa;
Que el hijo de su amor,
Con otros jovenzuelos
Sus deudos, la jornada
Siguió; y con mil recelos
Le tiembla el corazon.

José vendrá sin duda
Con ellos; del camino
La marcha larga y ruda,
Tal vez los fatigó;
Mas ya en el patio ondea
Su manto blanquecino,
Y aun á la luz febea
Jesus no apareció.

Y luego van llegando
Los otros uno á uno,
A todos preguntando

Miriam en su inquietud;
Mas nadie le responde,
Que no le vió ninguno. . . .
—“¿Por qué de mí se esconde
Mi gozo, mi salud?”

Ya las nocturnas nieblas
Invaden la llanura;
Se palpan las tinieblas
Del bosque en derredor:
Y el campo ilimitado,
Y la caverna oscura,
Y el aire conturbado,
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
Ni monte, ni ladera,
Ni precipicio mudo
Quedó en aquel confin;
Que en eco lamentable
El ¡ay! no repitiera,
Que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,
Apenas respirando,
José con su *MARIA*
De nuevo entró en Sion;
Y van de puerta en puerta
Del niño preguntando,
La débil planta incierta,
Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto
Recorren, y es en vano
Que en medio al laberinto
Pregunten con afán:
Y redoblando el lloro,
Al templo soberano
En pos de su tesoro
Con esperanza van.

Con sencillez vestido,
Como un vulgar esenio,
El rostro algo teñido
Del sol primaveral;
Y de sus garzos ojos,
De mas que humano genio,
Brotando en rayos rojos
Un límpido raudal;

Castaños los cabellos,
Que en ondas bipartidos,
De rizos cubren, bellos,
La espalda mas gentil;
De ancianos y doctores
Que escuchan conmovidos
Los tonos vibradores
De aquella voz pueril,

Cercado, del gran templo
So el pórtico sagrado,
Do van á dar ejemplo

Los sabios de Israel;
Discurre un tierno niño,
Y el pueblo, arrebatado,
Esclama en su cariño:
“¿Es ángel, ó un Daniel?”

“¿Jesus! ¡el hijo mio!”
Clamó una voz suave,
Rompiendo del gentío
Por el revuelto mar:
Voz límpida, argentina,
Y al propio tiempo grave,
En que el placer domina,
Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,
En cercos de oro y grana,
Muestra su rubia frente
La aurora matinal;
Sobre la mar dormida
Trayendo la mañana,
De luz llenando y vida
Sus ondas de cristal;

Tal, jóven cuanto hermosa,
En lágrimas bañada,
Se acerca presurosa
Al niño una mujer;
Y en voz de gran ternura:
“¿Por qué así abandonada,
Tan hórrida amargura
Me hiciste padecer?”

Y el niño, en desabrida
Respuesta misteriosa:
“¿Por qué tan afligida,
Por qué me buscis vos?
No veis que cumplo, Madre,
Mi obligacion forzosa?
No veis que de mi padre
Me ocupo, y de mi Dios?”

A réplica tan dura,
José y Miriam callaron,
Que la sentencia oscura
No pueden comprender:
Mas luego, juntamente
Los tres encaminaron
El paso alegremente,
De vuelta á Nazaret.

Y allí pasaron días
De gozos celestiales,
De inmensas alegrías
Y paz del corazón;
Y mientras el niño crece
En días terrenales,
Ante su Dios acrece
En gracia y perfeccion.

MUERTE DE JOSE.

III.

Como en medio á la calma mas profunda
Suenan acaso del trueno el estampido,
En pos de algun relámpago temido,
Que de rojo fulgor la tierra inunda:
Así en la santa paz que lo circunda,
José, por la vejez enflaquecido,
Llegar miró el instante apetecido
Del justo.—Con mirada moribunda,
Ve á Jesus y á Miriam, que en triste lloro
Cercan su lecho, y al momento espira.
Jamás terrestre rey, igual decoro
En torno tuvo á su funérea pira:
Lloró Miriam, y del sencillo duelo
Al frente, triste marcha el Rey del cielo!

LIBRO UNDECIMO.

PREDICACION DEL EVANJELIO.

I.

Sonó por fin la afortunada hora
En el reloj del tiempo, no cansado
Jamás.—¿Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado,
Que habia en sus designios señalado
El Hacedor profundo,
De eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo,
Con sus groseros símbolos y altares,
Se hundiera para siempre en el abismo;
Y que en tierras y mares
Fundara indestructibles sus sillares,
Del mismo Dios en nombre,
Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
Vacilan los imperios conmovidos;
Los prepotentes cetros respetados,
Los tronos carcomidos,
Caen en menudo polvo convertidos;
Y ya el antiguo culto
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
Abandonan sus antros sepulcrales,
Y no manchan sus bóvedas tranquilas,
Conjuros infernales.
Sacerdotes, augures y vestales
No dan torcido ejemplo
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitacion oculta y misteriosa
Hierva en el corazón de los humanos;

Volcan que, so la mole ponderosa
De montes soberanos,
De la tierra en los cóncavos arcanos
A su pesar sumido,
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómense á la vez cultos y leyes,
Ruedan confusos pueblos y naciones,
Sacerdotes, y símbolos, y reyes.
—¿Qué inspirados varones,
Qué fuertes é impertérritas legiones,
Vendrán del mundo muerto
A repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,
De Nazaret, brotó en raudal escaso
Un arroyo entre zarzas escondido,
Mas que ha de abrirse paso
En breve del Oriente hasta el Ocaso,
Al Norte y Mediodía,
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
Apenas á la sed de un pajarillo
Bastante: luz que trémula fulgura
De débil lucerillo;
Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo
Esplenden en lo oscuro,
Lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso,
Que presenció del hijo de *MARIA*
El lento padecer y la agonía,
Fué el signo esplendoroso,
Lábaro de un imperio poderoso,
Al aire tremolado,
Do el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,
De eterna vida manantial fecundo,
De donde todo bien copioso mana:
Del poder sin segundo
La buena nueva prometida al mundo:
Y aquella voz divina
Dijo al muerto: “¿Levántate y camina!”

Y el cadáver se alzó:—galvanizada
Se irguió la conmovida muchedumbre:
Respiró la mujer emancipada:
De abyecta servidumbre,
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre,
¿Y ante su Dios iguales
Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de justicia*, inmenso faro
Suspendido en mitad del firmamento,
Al ciego luz, al desvalido amparo:
Y el magnate opulento,
Y el tirano en sus iras turbulento,
En su maldad temblaron,
¿Y ante el poder eterno se humillaron!